



NADIE IMAGINÓ ESTE paisaje de batalla frente al Covid, pero algunos intuyeron sus consecuencias. Alicia Aza terminó de escribir *Al final del paisaje* (Valparaíso), su quinto libro de poemas, meses antes de que comenzara la pandemia y allí ya dibujaba conceptos como «el miedo, la pérdida, la angustia, la salud, el dolor, la ausencia, la espera». Por supuesto que conocíamos lo que era el miedo o la ausencia, pero desde comienzos del pasado año poseen otro perfil, otros significados.

En este período, Alicia Aza reconoce que ha estado «emocionalmente consternada», que no ha podido escribir nada. Pero sí antes, y lo hizo acompañándose de dos poetas de altura, Claudio Rodríguez y Cesare Pavese. Si Alicia Aza encuentra en la poesía lo que más le interesa, «música, imágenes y pensamiento», si a través de ella se «conecta con el mundo emocional y el de las sensaciones, lejos del ruido diario», con Claudio Rodríguez y con Pavese se ha sentido cómplice en el «acercamiento a la naturaleza».

«Soy súper urbana, me gusta vivir en la ciudad, en Madrid, y su energía es lo que me da equilibrio y armonía. Sin embargo, tengo una necesidad

Alicia Aza: “En realidad, somos lo que la memoria nos permite”

La poeta y abogada publica su quinto libro, ‘Al final del paisaje’, donde a través de imágenes busca la armonía en la naturaleza. “La pandemia no nos hará mejores, soy pesimista”, sostiene

POR MANUEL LLORENTE MADRID

constante de estar en relación con la naturaleza. Es lo que me resulta verdaderamente inspirador y despierta mi capacidad de evocar. La montaña, los bosques, el mar, los campos de Castilla. Un pájaro, una babosa. Observar la naturaleza y hacerlo con

una actitud poética».

Hay una palabra, asombro, que aparece en el primer texto del libro: «La mirada se va abriendo, va perfilando nuevas caligrafías. Es el asombro ante lo bello, lo sutil y delicado». «La capacidad de asombro es lo que me mantiene viva, la curiosidad por seguir descubriendo. El asombro ante la belleza de una flor, de una pintura, de una canción. Si uno pierde la capacidad de asombro, es ir muriendo lentamente hasta extinguirse».

Alicia Aza escribe para «perderse, para alejarme de mí, el poema me borra. Escribo para sentirme libre. Es un encuentro con la libertad y una necesidad de expresarme y ordenar mi pensamiento». Un pensamiento que se alterna con su trabajo como abogada, profesión que ejerce desde 1989.

«Siempre he estado vinculada al mundo financiero y al derecho societario. Ha sido el trabajo jurídico el que me ha mantenido a flote en el confinamiento. Vivimos un momento totalmente nuevo. El desasosiego, la tristeza que me produce la gestión por parte de nuestros gobernantes y las instituciones. Como sociedad no creo que vayamos a cambiar, a mejorar, en esto soy bastante pesimista».

A Alicia Aza le interesan Juan Ramón Jiménez, Aleixandre, Paul Celan, Rilke, Hölderlin, Zagajewski, Pessoa, Virginia Woolf, Michel Onfray, Safranski, Byung-Chul Han, Stefan Zweig... Ese mundo que ha ido fraguándose con sus libros anteriores, *El libro de los árboles* (2010), *El viaje del invierno* (Premio Internacional de Poesía Rosalía de Castro 2011), *Las huellas fértiles* (2014, publicado, como los anteriores, en la editorial Ánfora Nova) y, sobre todo, *Arquitectura del silencio* (2017, Valparaíso). En este último libro pasea por Auschwitz, el Muro de Berlín, Tiananmen, la sala Bataclan de París, la Zona Cero: ahí «pongo de manifiesto el dolor ante la barbarie».

Al final del paisaje está apegado a la memoria. «La memoria está unida a la construcción del yo, a la conformación de una identidad. Perder la memoria es ir borrándose. Por eso, acudo casi como un acto reflejo a la infancia, a la adolescencia, a recuerdos y vivencias de entonces que han dejado impresiones en mí. Acudir a ellas es un instinto de supervivencia. En realidad, somos lo que la memoria nos permite».

Ahora, para no caer en un desaliento inútil, Alicia Aza ha vuelto a escribir.